

solas con la señorita, y sus celos se habían despertado. Llegó á tiempo de oír el final del diálogo, y ver la libertad que se tomaba Muñoz: su imaginación renegrida por la desgracia, le pintó como agravio lo que era un sacrificio hecho á su amor, ó una estratagema, y perpetró el crimen que terminó la escena. La víctima no exhaló un suspiro, inclinó la cabeza, y en breves momentos estaba helado su cuerpo.

—¡ Alasesino! ¡ alasesino! clamó el Visitador; y los criados que no estaban lejos, desarmaron y aprehendieron á Quesada, que, pasmado de su crimen, no tuvo la reflexión suficiente para dirigirse contra su rival.

—Si vd. es un caballero, dijo Quesada á Muñoz, espero que no será ésta la última vez que nos veamos.

—No será la última, contestó Muñoz; y envolviéndose en su capa, marchó, después de mandar á los criados condujesen aquel hombre á la cárcel.

### III.

Pocos días pasaron. La noche estaba pura y resplandeciente: la luna llena se reflejaba en las aguas tranquilas del canal que bañaban los cimientos del convento de S. Francisco, y un silencio profundo anunciaba que las primeras horas de la noche habían pasado: el padre Hernández se pasea-

ba en su celda, y de cuando en cuando fijaba por una ventanilla sus miradas en el canal, y admiraba la naturaleza: era este religioso ejemplar por sus virtudes y famoso por su saber.

El leve ruido de una canoa bogando pausadamente, le llamó la atención por la extrañeza de la hora: asomóse, y vio salir de ella un hombre envuelto en una capa, que llamó á la puerta del convento. Creyó que buscaría algún confesor, y continuó sus oraciones ordinarias; mas el hombre se presentó en su celda, y le intimó que le siguiese de orden de S. E. Hízole no sin algunos temores, sobradamente fundados en el carácter del Visitador, y la canoa los condujo al palacio: allí se presentó á Muñoz, y despedidos todos los testigos, éste comenzó:

—Padre, he llamado á V. R. para que auxilie á un miserable que debe morir mañana.

—Siempre estaré dispuesto á llenar mi ministerio, y á cumplir con las órdenes de V. E.

—Mas guardará V. R. un profundo y eterno secreto sobre lo que ese miserable pueda comunicarle.

—Tal es mi deber.

—No importa, ya lo sé: yo exijo que me lo prometa V. R. con juramento: es un traidor.

—Pues bien, lo juro para obedecer.

Tocó Muñoz una campana, y mandó al que se presentó á su llamamiento, que acompañase al padre á la capilla en que estaba Quesada. Pasadas algunas horas, volvió el religioso, y solicitó hablar en secreto al Visitador, lo que se le concedió.

Señor, dijo Hernández, el preso asegura estar inocente.

—Eso dicen todos, contestó Muñoz profundamente agitado y paseándose con violencia.

—Señor, me ha referido cosas extrañas: atribuye su condenación á enemistad particular de V. E.; la venganza está proscriba por nuestro Salvador.

—Es un traidor, es un asesino; yo mismo le ví asesinar: ¿lo negará? Las leyes le condenan; la vindicta pública pide su cabeza; merece la muerte.

—Fué un acto violento, Señor; no supo lo que hizo; su arrepentimiento ha borrado su delito; el olvido de las injurias es un deber del cristiano.

—¡Arrepentimiento!... ¡Olvido!... exclamó el Visitador ya casi fuera de sí; arrepentimiento!... Cuando el arrepentimiento haya podido levantar del sepulcro á la víctima que el asesino hundió en él; cuando se haya borrado de mi alma esta imagen que me persigue en mis sueños, que me perturba en mis días, que me atormenta á todas horas, entonces que se me hable de olvido, que se me hable de arrepentimiento.

Padre, Dios le perdone; mas las leyes le condenan.

Cesó un momento Muñoz, y dirigiéndose de nuevo al religioso con alguna más serenidad, le dijo:—Padre, he llamado á V. R. para auxiliar al criminal, no para que me aconseje; cumpla con su ministerio, y acuérdesese de su juramento. V. R. me responde con su cabeza.

Sonó Muñoz su campanilla, y nuevas personas cerraron la boca al religioso. Quesada con otros fué decapitado al siguiente día como traidor. El Padre Hernández recibió su último aliento.

La suerte del Visitador correspondió á sus maldades. La historia refiere, que instruido de ellas Felipe II, le llamó á España, y que cuando se presentó en la corte, esperando recibir una acción de gracias, el rey en público le reprendió por aquellas memorables palabras: "Os envié á Indias á gobernar, no á destruir." Retiróse el magnate á su casa, y murió en ella aquella misma noche, víctima de su orgullo ofendido, de su oprobio y de sus remordimientos. Hay mónstruos que la historia condena á una fama inmortal. Uno de ellos fué Muñoz.